

Avaro triste, que con mano escasa
Un Tántalo te haces desdichado,
¿Sabes de cuanto te valdrá la tasa
Con que vives ansioso y fatigado?
Lo que vale la lluvia cuando pasa
De una en otra á las tejas del tejado,
Hecha por sí conduto cada una
Para que desperdicie sola una.

Esta manera va de mano en mano
La inútil carga de los avarientos
Hasta algún heredero que de vano
Desipa cuanto tiene á todos vientos;
No ciegue pues el interés profano
El buen discurso á los entendimientos;
Ni por guardar, se hagan á sí ultrajes,
Quizá para el peor de sus linajes.

No alabes que sin orden ni concierto
El rico patrimonio desperdicia,
Que el pródigo en su abuso y desconcierto
Léjos va de equidad y de justicia;
Mas tiene al menos un consuelo cierto,
Que no alcanza la misera avaricia.
Y es, que con ser extremo en sí vicioso,
Límita en algo al medio virtuoso.

CANTO IX.

El Comendador mayor hace obsequias por los muertos; despues se embarca con don Sancho de Leiva. Al de los Vélez se le des- hace el campo casi sin poderlo remediar. Su majestad manda llamar á cortes en la ciudad de Córdoba. Abenhumeya escribe á los del Albayzin, amonestándoles que se pasen con él.

Naturaleza, madre diligente,
Gobernada por manos celestiales,
Armó de la defensa conveniente
Los brutos y feroces animales;
Dióles la fuerza, el cuerno, la uña, el diente
Por armas de su vida principales,
Correspondiendo con sutil destreza
A la gran condicion de su fiereza.

Mas al hombre cuya alma es conversable,
Acogida á razon, dócil, divina,
Voz y lengua le dió para que hable,
Juicio capaz de ciencia y de doctrina;
Para que, amando siempre, fuese amable,
Teniendo por defensa diamantina
La virtud, el saber y la prudencia,
Y la tranquila paz, sin violencia.

Oh infalible verdad mal entendida,
Y tan costosamente defraudada!
Oh furia del infierno introducida,
En la mejor simiente apoderada!
No solo de los cuerpos homicida,
Mas de las almas plaga desdichada,
Eres sin duda tú, insolente guerra,
Erimnis vengadora de la tierra.

Solas dos cosas tienes por objeto,
Con que tal vez tu infamia se disculpa:
Llevar por fin la paz, como alto efecto,
Que lave las mancillas de tu culpa,
Y ser justa la causa y el conceto
De aquello que pretenden que se esculpa;
En los endurecidos corazones,
La fe enterá de Dios, sin abusones.

Todo lo cual la pretension abona
Del Austria, y mas el crámen cometido
Contra la majestad y la corona
De nuestro rey católico y temido;
Mas el raro varon de Barcelona,
En premio del trabajo padecido,
Los ganados despojos repartía
Con toda la equidad que ser podia.

Y si á los vivos se mostraba humano,
No á los difuntos menos piadoso,
A los cuales con celo de cristiano
Obsequias hizo, y dió cabal reposo;
A cuál lloraba padre, á cuál hermano,
A cuál primo ó amigo virtuoso;
Mas toda la ciudad y el campo junto
En general lloraban un difunto.

Del apellido y sangre generosa
De Sandoval y Rójas emanaba;
Murió en la primavera deleitosa
Que de su edad florida resultaba;
Era su cara de color de rosa;
El sol en sus cabellos se mostraba;
Don Pedro se llamó, y con pecho fuerte
Muriendo, se libró de olvido y muerte.

Málaga de piadosa eternamente
Aquellos dias confirmó la fama:
Tanto con los heridos es elemento,
Tanto en ardiente caridad se inflama;
Los sutiles tocados de su frente,
Las sábanas delgadas de su cama,
Dueñas honradas iban repartiendo,
A sanidad las llagas reduciendo.

No se tiene vecino por contento,
Si no cura soldado en su posada;
Mas ya con el pasado vencimiento
Quedaba aquella tierra descansada;
Don Luís se partió luego al momento
Para tener la costa asegurada,
Y bastecer en todas las marinas
Con don Sancho las plazas convecinas.

Así la guerra aquí se proseguía,
Mas el de Vélez, con su campo estando
En Terque, nuevas cosas cada dia
De gran dificultad iba probando;
Pero lo mas que en la ánima sentía
Era el irse su ejército apocando,
Sin bastar el castigo por mas que haya,
Para que mucha gente no se vaya.

Habiendo nuestro rey considerado
Que esta rebelion en la experiencia
Mostraba lo mejor sobresanado,
Y que era peligrosa la dolencia,
Reclutando el furor acelerado
De Argel, y del Jarife la potencia,
Si con mayores fuerzas y esperanzas
Alimentasen mas estas mudanzas.

Mandó llamar á cortes declaradas
A Córdoba, que está del reino iberio
Distante solamente dos jornadas,
Y allí hará que tiemblen de su imperio;
Moverá voluntades descuidadas
A la importancia deste ministerio,
Y dará prontamente á cada cosa
Calor con su presencia poderosa.

Sabido por España el caso cierto,
Nació en diversos hombres nuevo brio;
Ya el jubilado milite y experto
Quiere volver al viejo desafío;
Pule y limpia el arnés de orin cubierto
Por larga paz, y adorna de atavio
El certero arcabuz y alta celada,
Renueva el tahélí, dorá la espada.

Abenhumeya en Valor se alojaba,
Donde sus fuerzas y poder crecían;
Allí la residencia examinaba
De los negocios que se recrecían,
Allí severamente castigaba
A todos los que en algo delinquían,
Sin que amistad ó dendo le obligase
A que un mínimo error disimulase.

Su alteza residia allí en Granada,
Y el de Sesa con él, porque la tierra
Andaba en varias partes alterada,
Y allí importaba el nervio de la guerra;
Corria su gente bien disciplinada
El ancho llano y la fragosa sierra,
Haciendo cabalgadas memorables,
Aunque tal vez las suertes son mudables.

Porque en el sitio alpestre confiados
Andaban á deshora inquietando
Los capitanes moros señalados,
Escoltas y presidios asaltando;
El tirano esperaba que sus hados
Irian por momentos mejorando
Con los efectos de las embajadas
Por él á muchos reyes enviadas.

Mas dentro en poco término le vino
De Argel y de Marruecos la respuesta,
Y de la gran ciudad que á Constantino
Fatalmente en su nombre hoy manifiesta;
Argel responde que estará contino
Pronto á favorecerle en su requesta;
Marruecos que hará conforme viere
El Turco, que sobre ello acuerdo quiere.

Del Gran Turco la excusa, con la oferta
Del rey de Argel, admite y agradece;
Pero del Marroquí la ayuda iucierta
Blasfemando abomina, y escarnece
El rey sin reino, y dice que no acierta,
Antes de seso y de razon carece,
El hombre que se cree de ligero,
Pues no siempre el amigo es verdadero.

«Bandos en nombre deste se han echado,
Creyendo que jamás me faltaría,
Y agora al menester hame burlado;
Mal haya el hombre que en el hombre fia!»
En esto se mostraba escarmentado
El vano mozo; mas por otra via,
Temiendo de los suyos la mudanza
De nuevo acrecentaba su esperanza.

Diciendo que el monarca de levante,
Aunque entonces resuelto no se hubiese,
Era cosa imposible que adelante
Por mil causas socorro no le diese;
Y que si acaso, por estar distante,
Tan brevemente á España no viesese,
El Albayzin sin duda se alzaria,
Pues ya la Vega á bandas lo hacia.

Esto decia, y no sin fundamento,
Porque jamás aquel vulgo obstinado
De pérdida intencion estuvo exento,
Ni fuera de hacer trato doblado
Aunque en la ejecucion del mal intento
No menos á tal hora resfriado
Se halla, que mortal y arrepentido
De habello al primer trance diferido.

Entendianse todos con espías
Que andaban al real yendo y viniendo,
Creciendo la cautela con los dias,
Mil máquinas haciendo y deshaciendo;
Abenhumeya, que por otras vias
Habia insistido, su tardanza viendo,
Les escribió una letra encarecida,
Y aquí por su tenor va referida:

«El rey de los moriseos, poderoso
Restaurador del reino de Granada,
Al Albayzin, su pueblo belicoso,
Salud desea y vida mas honrada.
Pudiera con razon estar quejoso
De vuestra negligencia reprobada,
Tanto, que por castigo os la sufriera,
Si ya de vuestro afán no me doliera.

«Mas siento tan de veras vuestros daños,
Que olvido mi rancor por su remedio;
Dúleme el veros en finales daños
Sin que abraceis con tiempo el sano medio,
Y que no os valgan ya por desengaños
Pobreza, servidumbre, afrenta, asedio,
Para romper el torpe encogimiento
Que así os priva del bien y del contento.

«Si os detiene el amor de la hacienda,
Ya huéspedes crueles gozan della;
Si la casa y familia, ¿qué contienda
Mayor que al enemigo ver en ella,
Soberbio, disoluto y sin enmienda
Armado de amenazas y querrela,
Y dándoos á sentir con tragos fuertes
Por una vida triste cien mil muertes?

«Vuestras posadas, que eran monasterios
De castidad y de costumbres sanas,
Agora cuevas son de vituperios,
De osadas desvergüenzas y profanas,
Acogida de estupro y adulterios,
De fuerzas alevosas inhumanas;
¿Oh confusion terrible y espantosa!
¿Oh pena del infierno trabajosa!

«¿Sacaréis fructo alguno por ventura
De padecer tamañas sinrazones?
¿Vendrá tiempo jamás ó coyuntura
Que os den por la paciencia galardones?
Primero ilustrarán la tierra dura
El norte con sus guardas y triones,
Y antes las plantas poblarán el cielo,
Que España de vosotros haya duelo.

«A mí os volved, á mí, vivid conmigo,
Que soy restauracion de vuestros males;
En mí solo consiste vuestro abrigo,
Vuestra paz, vuestro crédito y caudales;
En mí hallaréis rey, padre y amigo;
Dilaciones dejad perjudiciales;
Que ya vuestro acertar está en el hierro,
Y en la mayor tardanza el mayor yerro.

«Y por ser estas causas tan urgentes,
No alego otras, que son asaz bastantes,
No os pido las promesas de valientes,
Ni las palabras que me distes antes,
Ni aquellos juramentos vehementes
Que hicistes de serme tan constantes
En armas, lealtad y en obediencia,
Cuanto al revés lo muestra la experiencia.

«Pues no sé yo por qué, vasallos míos,
En caso me ofendeis que así os destruye,
Y al bien que os quiero y busco dais desvios
Por seguir todavía el mal que os huye;
Resucitar debieran vuestros brios,
Si muerte eterna ya no los concluye,
Con solamente ver mis escuadrones
Llenos de varias gentes y naciones.

«Aquí militan fuertes africanos,
Que saben qué es lidiar desde la cuna;
Aquí los levantiscos otomanos
Asisten con su próspera fortuna;
Armados vienen ricos y lozanos,
Y traen consigo la creciente luna;
Gobiérnalos un juicio peregrino,
Que es Dali, de cualquiera cargo dino.

«Si es bien quebrar palabra y juramento,
Negar fama y honor, rey, patria y vida,
Y empresa rehusar, cuyo momento
Naciones remotísimas convida,
Vosotros lo juzgad mudando intento,
O habed la nuestra gracia por perdida,
Y esta amonestacion por la postrera
De quien os ama, y vuestra enmienda espera.»

Leida aquella letra y divulgada,
Por todo el Albayzin ocultamente,
Con lágrimas ardientes fué besada
Y mas que obedecida interiormente;
Ordenan que se haga una embajada,
Y con ella un riquísimo presente;
A lo cual se ofrecieron, atrevidos,
Veinticuatro mancebos escogidos.

Ciertos de la instruccion de la respuesta
Y cargados del rico don, partieron
En una noche horrible y tan molesta,
Cual ellos para el caso la escogieron;
Cuando á los rayos de la diosa honesta
Menos los del hermano esclarecieron,
Y mas la exhalacion caliginosa
A los astros cubrió su luz fogosa.

No sin trabajo, riesgo y aventura
Llegaron al que rey ellos decían,
El cual de vellos huelga, y con blandura
Les pregunta quién son y á qué venían,
Uno, á quien por mayor desenvoltura
Los otros veintitres se remitían,
«Vasallos, dijo, somos de tu alteza,
Venimos á servirte con firmeza.

«El Albayzin tus piés y manos besa,
Prostrados de rodillas por el suelo,
Y ofrece á tu real servicio y mesa
Este brocado, plata y terciopelo;
Haciéndote seguro que le pesa
Mucho mas de que vivas con recelo
De su fidelidad, que de haber sido
Sujeto á la miseria á que ha venido.»

»Confiesan el extremo que ponderas
De sus fatigas y persecuciones,
Mas tambien te suplican que no quieras
Por ello condenar sus intenciones;
Antes de su afliccion penosa inferas
Cuales debén estar sus corazones,
Y valgan á lo menos sus tormentos
Para testigos de sus pensamientos.

»Así que, tu favor y ayuda imploran
Los hombres por ganar claro renombre,
Las mujeres te alaban y te adoran,
Y entienden que tu idea es mas que de hombre;
Hasta los simples niños cuando lloran
Se aplacan al sonido de tu nombre:
Toda edad, todo sexo, todo estado
Te reconoce y quiere en sumo grado.

»De suerte que no hay género de duda
En hacer y cumplir tu mandamiento;
Mas quieren sea de forma tal, que acuda
El suceso al deseo y pensamiento;
Y así, piden que hagas guerra cruda
Al de los Vélez, cuyo rompimiento
Será para dejar el paso llano
A todos los que tienes de tu mano.

»Porque si el rebelarse precediese,
Mas difícil la empresa te sería,
Dada materia á que se previniese
Ese que agora en vano se confía,
Y á que con mano armada se opusiese
La mayor parte del Andalucía;
De manera que, en vez de aprovecharte,
Viniésemos nosotros á dañarte.

»Agora, aunque arduo, fácil te es el hecho
Si juntas tu poder á dale cima,
Y seguiráse del honra y provecho,
Poder, reputacion, aumento, estima,
Pues no tan presto se vera deshecho
El campo del Marqués, que á nadie estima,
Cuando de Murcia, Málaga y Valencia
Te vengan á servir en competencia.»

Holgóse de Mahoma el decendiente
De oír en tal sazón tal embajada;
Loo el esfuerzo y aceptó el presente
De aquella juventud confederada;
A los cuales, por ser gallarda gente,
Señalar les mandó paga doblada,
Y que el consejo fuese luego junto
Para deliberar sobre aquel punto.

En él entraban el Zaguer su tío,
Que Abenjaguar ya entonces se decia,
Dali, los dos Partales y Berrio,
El Melilú y Curenz el de Dalia,
El Garra y Almojajar el Rentio,
Que ya de secretario le servia,
El Habaquí sagaz, y otra caterva
No menos ambiciosa que proterva.

Don Fernando el Zaguer tomó la mano,
Como el que en todo fué voto primero,
Y dijo: «Tarde hoy que fuese sano
Al hombre persuadirse de ligero;
Mas tal negocio ocurre, que temprano
Manifieste lo claro y verdadero,
Con la ocasion y tiempo tan á punto,
Que en breve espacio pasa todo junto.

»De suerte que la cuerda providencia
Debo en los casos tales sin tardanza
Determinarse, y mientras dan licencia
El peligro y ventura en la balanza,
Porque puede cualquiera inadvertencia
Del bien al mal hacer presta mudanza,
Y perderse el vencer una batalla
Por el menor descuido que se halla.

»Tal es; oh capitanes valerosos!
El trance que en las manos hoy tenemos,
En quien de nuestros hados piadosos
La imagen clara al descubierto vemos;
Medios cumple dejar embarazosos,
Porque la cierta caza no espantemos;
Sigamos la fortuna que nos llama
Desde el excelso templo de la fama.

»Tened por conclusion definitiva
Que, roto el de los Vélez, todo sana,
Y que, domada su cerviz altiva,
Cualquier dificultad se nos allana;
Porque si el Albayzin del mundo priva
Luego tras esto la persona ufana
De ese hermano del Rey que está delante,
¿Qué fuerza contra nos será bastante?

»¿Quién osará, sobrino poderoso,
De los nuestros negarte el homenaje?
¿Qué rey moro ni turco estará ocioso
Desde el punto que sepa este mensaje?
Tiempo es este ¡oh senado religioso!
Para vengarnos del pasado ultraje:
Los hados nos convidan á ir tras ellos;
Tomemos la ocasion por los cabellos.»

Por todos fué aprobado de consuno
El resolutivo acuerdo deste viejo,
Y Abenhumeya, visto que ninguno
Contradecia, confirmó el consejo;
Loo el secreto amable y oportuno,
Y dijo ser de sabios el espejo,
Sin el cual los avisos son engaños,
Y los ardidés mismos propios daños.

Desmintió, como dicen, las espías,
Y á los que reportaron esta nueva
Quiso dar á entender que en muchos dias
No piensa con Fajardo estar á prueba;
Y al punto mismo, por ocultas vías,
Dió á Dali comision para que mueva
Los pueblos que del rio de Almería
Habitan la ribera umbrosa y fria.

Los que al de Alboloduy y al de Almanzora
Behen tambien, por ser gente bizarra,
Mandó llamar, y en esa misma hora
Las villas convocó de la Alpujarra;
La turbamulta concurrió á deshora
Con ballesta, arcabuz y cimitarra;
Cuál con arma enastada se presenta,
Cuál desarmado el número acrecienta.

Tambien fueron llamados juntamente
Todos los capitanes divididos,
Con su determinada y fiera gente,
Probada ya en peligros conocidos;
Habaquí solo estaba antes presente,
Por haber sido de los escogidos
Habria un mes, como hombre industrioso
Para consejo y obras provechosos.

Mientras se preparaba con cuidado
Cuanto á la grave empresa convenia,
No pudo por algunos ser dudado
El fin que Abenhumeya pretendia;
En especial de un moro, que llagado
De amores fuertemente se sentia
Por una bella esclava que captiva
Con las banderas del de Vélez iba.

Este comprendió por conjeturas
Que la jornada á Verja se guiaba,
Lugar donde el Marqués á penas duras
Su ejército deshecho conservaba;
Bien que para probar mil aventuras
El ánimo invencible le bastaba,
Mayormente que estaba asegurado
De ilustres héroes que tenia á su lado.

De Terque allí se habia antes venido
A impedir los socorros ordinarios
Que el africano reino descreido
Hacia á nuestros nuevos adversarios.
Habiendo el moro pues ya padecido
De ausencia y celos accidentes varios,
No osó fiar su crédito amoroso
Del suceso comun dificultoso.

Antes quiso, probando su ventura,
La vida despreciar que aborrecia,
Y clara muestra dar de su fe pura
A la que el pecho y alma le encendia;
Y así, al silencio de la noche oscura
Con un amigo aparte se desvia,
Y con voz baja, de sollozos llena,
Así le da noticia de su pena:

»No puedo ya encubrirte, caro amigo,
Ni puede ser por mí disimulado
El trabajoso mal que anda conmigo,
Y hace mi vivir triste y penado,
Con tales asperezas, que te digo
Que tiene mi sentido enajenado;
Porque, si bien sintiese el mal que siento,
Su fuerza acabaria al sentimiento.

»Mas, aunque me transporta y me suspende
La unica fuerza del dolor extraño,
El alma sabe el fuego que la enciende,
Y reconoce en él su grave daño:
Amor me hace guerra, amor me ofende,
Si amor se ha de llamar rigor tamaño,
Mas sin duda es amor, pues yo lo quiero
Y adoro aquella causa por que muero.

»Captivo he sido y soy de una captiva,
Que libre conoci en esta montaña,
Hermosa mas que el sol, y mas esquivada
Que el mismo desamor envuelto en sana;
Sorda á mis quejas, dura y fugitiva
A mi digna esperanza y fe tamaño,
Puesto que en sus desdenes se excusaba
Con decir y jurar que no la amaba,

»Prometile de amalla y de servilla
Con tal perseverancia, que tuviese
Algun tiempo de mi justa mancilla,
Si ya otro galardón no mereciese;
Mas la guerra, que á tantos amancilla,
La hizo de cristianos interesada,
Y á mi triste dejó en estos enojos,
Ajeno de la gloria de sus ojos.

»El gran planeta Delio ha discurrido
De grado en grado por un signo entero,
Y su querida hermana parecido
En tres formas al Artico hemisfero,
Después que, de mi bien desposeido,
Entre celos y ausencia desespero,
Y agora soy llegado á mas extremo,
Forzado del temor de lo que temo.

»Porque esta nueva máquina y gentío,
Cuyo fin y disignio se nos calla,
El rey nuestro la ordena, yo lo fio,
Para dar á Fajardo la batalla;
La cual habrá de ser en daño mio,
Y debo en todo caso no esperalla,
Pues cuando fuese cierta la victoria,
Tambien lo es otra vez perder mi gloria.

»Piérdola si por varios accidentes
Fuese de allí mi diosa transportada,
O si, cual suele, en sangre de inocentes
En ella se manchase vil espada;
Sin estos, hay cien mil inconvenientes;
Y aunque de todos fuese reservada,
Si vivo no podré ya merecilla,
Si muero no dirá que fué por ella.

»Pues para que en ballarla mas se acierte,
O para que en perderla mas se gane,
Yo pienso ir á buscarla en vida ó muerte,
Porque mi fe con obras mas se ufane;
Que no será su condicion tan fuerte,
Que con tan clara prueba no se humane,
O para enriquecer la vida mia
O llorar mi fatal postrimeria.

»Dicen que un tracio rey, de amor doliente,
Osó bajar con endechoso canto
Al mundo oscuro de la triste gente,
Y visitar el reino del quebranto
Donde la llama de su pecho ardiente
Los dioses del profundo movió tanto
A tierna compasion, que fué admitido
Su ruego, y aunque extraño, concedido.

»Tambien se cuenta que en la antigua Abido
Hubo un mancebo que, en amor ardiendo,
Osó pasar el mar embravecido,
Con pies y brazos el camino abriendo;
Y no fué su osadia afán perdido,
Ni poco el bien que allí ganó muriendo,
Pues en las aguas dió fin á su llama,
Y principios dichosos á su fama.»

PE-II.

El moro á decir mas se apercebia,
Si no le interrumpiera, respondiendo,
El otro que atentísimo le oia,
Y comenzó á hablarle, así diciendo:
«No pierdas tiempo en mas filosofia;
Tu mal conozco, tu intencion entiendo,
Y sé á mi costa bien por experiencia,
Cuán mal sufre consejo esta dolencia.

»Bien sé, amigo, que amor es un abismo
De que difícilmente el hombre sale;
Amor no quiere ley, porque es él mismo
La ley mas fuerte que en el reino vale;
Pensar hallarle cura es barbarismo,
Sin que del tiempo ó la ocasion resbale;
Veneno helado y fuego es juntamente.
¡Cuitada de la vida que lo siente!

»Mas ya que ajeno esté el franco albedrío
De hallar su remedio así temprano,
A lo menos corrija el desvario,
Si templar el dolor no está en su mano;
No te pido yo agora ni porfio
Que duermas y descanses como sano,
Solo por lo que debo, te amonesto
Que mudes en mejor el prosupuesto.—

No estoy, le replicó, para escucharte,
Aunque agradezco tu piadoso celo,
Ni te he llamado aquí por preguntarte
La forma de aliviar mi desconsuelo,
Mas solo á despedirme y á informarte
De que contra mi rey no me rebelo,
Ni huyo de su campo por cobarde
Cuando el bullicio de las armas arde.

»Yo voy como lo ordena mi planeta,
No á rendir mi persona á los cristianos,
Que alfange llevo al lado y escopeta
Al hombro, y sé mandar entrambas manos;
A Verja llegaré cuando se meta
El sol en los confines oceános,
Y con la escuridad mas oportuna
Experiencia haré de mi fortuna.

»Lidiando cuerpo á cuerpo con alguno
Que salga codicioso ó desmandado,
Y si por suerte fuere mas que uno,
Si tres no son, haré como esforzado;
Si sobreviene número importuno,
Procuraré ponerme en escampado,
Hasta haber á las manos algún hombre
Que fuera de su grado me dé el nombre.

»Y así, entraré con riesgo y con fatiga,
Puesto que el castellano bien profiero,
Para que entienda claro mi enemiga
Con cuán ardiente amor la adoro y quiero,
Y porque sus pisadas mejor siga,
Valdréme de un amigo prisionero,
Que está allí padeciendo servidumbre,
Y me dará de todo entera lumbre.

»Haré, en fin, si la vida me durare,
Cómo comparecer en su presencia;
Guieme el hado como me guiare,
Abra el camino ó haga resistencia;
Que yo parto sin duda en que repare
Al lugar que me obliga mi influencia;
Y no te admires tú, pues otras cosas
Se ven con mas razon maravillosas.

»Aprémianse las sombras infernales
Con voces á conjuro reducidas,
Y vienen á los cercos y señales
Desde el hueco amarillo compelidas;
Entre las piedras, aves y animales
Cosas verás, que, á ser no mas que oidas,
Por imposibles todas se juzgaran,
Aunque graves autores las contarán.

»Al fuerte acero atrae la calamita,
Y en el aire escombrado lo suspende;
El ave celebrada y exquisita
Para darse la muerte el fuego enciende;
La comadreja tiembla, salta y grita
Delante del vil sapo que la atiende
Con boca abierta, y ella con tristura
Se lanza por allí á la sepultura.

«¿Qué me dirás del que en el mar perece,
Si pudo en tierra estar rico y honrado;
Y qué del avariento que carece
Del bien que en su poder está sobrado;
Y qué del que en palacio se envejece,
Pudiendo vivir libre y descansado,
Que, adorando la cárcel y cadena,
Niega su voluntad por el ajena?»

«Ejemplos infinitos te alegara
Si ya no me acusara la partida:
Todo al fin se concluye, todo para
En alguna extrañeza no entendida;
Siga pues cada cual por arte rara
Aquello á que su gusto le convida,
O la secreta fuerza de su estrella,
Que Zaide solo sigue á Haxa bella.»

Tan atónito el otro infiel se puso
Al segundo coloquio, que á mancilla,
No supo si moverse de confuso,
Como después contó por maravilla,
Y dijo que á su arenga así repuso:
«Pues vas á procurar tan gran rencilla,
Procurate valer de tales modos,
Que no pierdas á tí danando á covino.»

En tanto al de los Vélez admiraba
Ver que del enemigo no tenía
Alguna nueva, aunque la procuraba
Con la eficacia que se requería;
Visto el silencio en que la tierra estaba,
«¿Qué calma será aquesta? dijo un día;
Si en el mar me hallara á estas sazones,
Dijera que criaban alciones.»

Y así, mandó salir de á pié y caballo
Algunos que corriesen por la tierra,
Aunque solía siempre rehusarlo
Por evitar desórdenes de guerra,
Y prometió de bien recompensarlo,
Si le trujesen viva de la sierra
Persona, de quien lengua se tomase
Para saber aquello que importase.

Yendo pues apartados del camino
Que va á Almería cuatro compañeros,
Atalayando el campo con buen tino,
Como suelen solícitos monteros,
Vieron venir un hombre sarracino
Por entre dos altísimos oteros,
Y en ese mismo instante se abatieron,
Y á lo espeso del monte se metieron.

Cual suelen en sus conchas encogerse
Las tortugas, mas sanas que hermosas,
Y los erizos mustios envolverse
En las agrestes pieles espinosas,
Fueron aquellos prontos á embeberse;
Y tomando paradas provechosas,
Quedaron tan quietos y callados
Como si en piedras fueran transformados.

Por entre rama y rama uno acechaba
Al moro inadvertido que venía,
Aunque de trecho en trecho se paraba,
Y el sitio al derredor reconocía;
Mas la cuadrilla que encubierta estaba
El regocijo apenas encubría,
Porque con los alegres sobresaltos
Les dan los corazones recios saltos.

Cuando tanto se entró el incauto moro,
Que escaparse por pies ya no pudiera,
A él arremetieron como á toro
Lebrelles bravos dentro en la barrera,
Diciendo: «Date, perro; date, loro,
Si no quieres sentir la muerte fiera.»
El respondió con denodado brío:
«Mal puedo darme yo no siendo mio.»

Y de un salto arrimándose á una roca,
El arcabuz fogoso armado encara;
La diestra osada el muelle blando toca;
La piedra enciende y el cañon dispara;
Y no se tuvo por ventura poca
Que el tiro alguna vida no costara:
Dos balas escupió, cuyo zumbido
A mas de dos allí habló al oído.

Los nneustos, despechados y corridos,
Estuvieron á pique de matalle;
Mas, del orden expreso compelidos,
No pretendieron mas que captivalle;
Y visto que con fieros atrevidos
Con la espada emprendió hacerle calle,
Tiráronle á los pies, y con suspiro
Arrodilló, herido al primer tiro.

El plomo le rompió por la juntura
De la pierna y el pié, lugar sensible;
Mas no quedó por eso la figura
Menos determinada ni terrible,
Y con mayor esfuerzo que cordura
Tentaba todavía lo imposible,
Mostrándose rebelde y obstinado
Hasta después que estuvo aprisionado.

Alegres de la presa los soldados,
Llevaron al Marqués el prisionero,
Que pareció ser Zaide, á quien cuidados
De amor le sometieron á tal fuero,
Con pasos para él bien excusados;
Que á Haxa había traspuesto un caballero;
Mas útiles al fin que se previno
De tomar la noticia que convino.

Porque, después del agua y los cordeles,
Y haber negado siempre en la garrucha,
No pudo tolerar brasas crueles;
Y así quedó rendido desta lucha,
Confesando que el campo de infieles
Con grande prevención y fuerza mucha
Para asaltar á Verja se aprestaba,
Puesto que Abenhumeya lo ocultaba.

Dijo también que los embajadores
Del Albayzin así lo habían pedido,
Y otros muchos indicios no menores,
Para poder en todo ser creído.
Nunca al bravo Marqués nuevas mejores
Ni tales le llegaron al oído;
Porque entendió, como después le avino,
Que el cielo por allí le abría el camino.

Llamó á consejo, al cual vino don Diego
De Leyva, hijo del que á los franceses
Domó el orgullo peligroso y ciego,
Los muros conservando milaneses;
Aquel que fué de Marte vivo fuego,
Sin ver de la fortuna los reveses;
Mas era en sus victorias poca parte,
Ganada á poder de esfuerzo y arte.

Don Diego con don Juan, hijo y hermano
Del buen Marqués, también bravos soldados,
Vinieron llenos de un acuerdo sano,
Cuanto á fama ganar determinados;
Allí don Bernardino el cortesano,
De los Mendozas finos y apurados,
Mostraba con valor grave y entero
Que de los de Coruña era heredero.

Otros ni mas ni menos concurrieron;
Y juntos todos ante el viejo claro,
Sobre el propuesto caso confirieron
Con un discurso generoso y raro.
Los pareceres algo difirieron
En pocas circunstancias que no aclaró,
Mas en substancia todos concordaron,
Y al mismo blanco y fin se enderezaron.

«Entonces el caudillo valeroso
Les dijo aquesto en voz grave y severa:
«Haceisme; oh caballeros! tan dichoso
Con vuestra virtud cierta y verdadera,
Que entiendo que ella capitán famoso
En infinitos siglos me hiciera,
Sin otras causas: tan conformes veo
Vuestra resolución y mi deseo.»

«En cuanto asegurais el vencimiento,
Yo, señores, también os le aseguro,
Pues de gloria cercéis mi pensamiento,
Y mi esperar de diamantino muro;
Mas, en cuanto al ardid y fundamento
De que se debe usar por mas seguro,
Aquello propondré que se me ofrece;
Y póngase en efecto, si os parece.»

«Abenhumeya, en cuanto á lo primero,
Piensa venir secreto y encubierto,
De donde necesariamente infiero
Que al despuntar del alba será cierto,
Por mas que con su ejército ligero
Quiera marchar aprisa y sin concierto,
Pues la disposición y la distancia
Del sitio lo requiere y la importancia.»

«Y pues que picas ni caballos tiene
Para oponerse á mi caballería,
Claro está que en el pueblo le conviene
Darnos asalto con su infantería;
Por tanto, pues el tiempo nos previene,
Contravengamos á su fantasía
Con el remedio que mejor responde,
Y conforme á este, cuando, como y donde.»

«Halle libres y francas las entradas,
Y cerradas del todo las salidas;
Las calles que á las plazas van guiadas
Atájense con tapias bien fornidas,
Si no fueren las dos mas frecuentadas,
Mas anchas, mas derechas y seguidas,
Donde estarán á punto arcabuceros
Por las ventanas, puertas y agujeros.»

«Y vos, don Diego, amado hijo mio,
Con la caballería ejercitada
Estaréis bien en orden, cual confío,
Al rededor aquí de mi posada;
No haya portillo del lugar vacío;
La guardia en cada uno esté doblada
En este medio, y tanto se desvelen,
Que aun del salir las aves se recelen.»

«Haya custodia grande y vigilancia
Con todos los esclavos prisioneros,
Visitándolos siempre con instancia
Como en el mar se hace á los remeros;
Con estas prevenciones, en substancia
Me parece, valientes caballeros,
Que, no solo los moros esperemos,
Pero que su venida deseemos.»

Todo aquel escogido ayuntamiento,
Unánime, resuelto y persuadido,
Aprobó del sagaz razonamiento
El orden, las palabras y el sentido,
Las conjeturas, cuyo fundamento
Era cierto, infalible y definido;
Y así, todos tomaron el cuidado
De poner en efecto lo acordado.

CANTO X.

El reyecillo pone en ejecución el designio de Verja y vuelve desbaratado. Don Diego de Leyva combate cuerpo á cuerpo con un valiente turco, y le vence y mata. El señor don Juan manda á don Antonio de Luna que vaya á las Albuñuelas. Arrendáte mata al capitán Céspedes el fuerte.

Piensen algunos poco sabiamente
Que está en la multitud de los soldados
De las armas el uso preeminente
Y los hechos en ella señalados,
Midiendo por el número de gente
El valor de los campos afrontados,
Temerario juzgar, falsa medida,
De la experiencia misma convencida.

A Grecia baja el otro rey persiano
Con sus copiosas huestes á millones;
El monte que pretende hace llano;
Agota ríos, tala mil regiones,
Y venido á apurarse el fausto vano,
Una pequeña suma de varones
Le hace que cual humo se resuelva,
Y que vencido, con vergüenza vuelva.

Del reino estrecho sale el macedonio
Con su ejército pobre y moderado,
Dándole su virtud por testimonio
De que será después remunerado,
Y priva de su ceptro y patrimonio
Al rey del mundo mas aventajado,
Igualando con obras y trofeos
El sublime volar de sus deseos.

De ejemplos hay escripta larga suma,
Que autores fidedignos testifican;
Mas, si tal vez la lana y tal la pluma
Los casos memorables amplifican,
Estémos, para que esto se resuma,
A causas ciertas que lo verifican,
Y verase que acaso no sucede,
Sabida la razon de que procede.

El sitio, la ocasión y la destreza,
El orden, el ardid que se adelanta,
Y aquel orgullo ufano y altiveza
Que á no temer los ánimos levanta,
Engendra confusión, causa tristeza,
Ofende, desanima, turba, espanta
Al número contrario que pelea
Desnudo desto, por mayor que sea.

Y como á tantos miembros y sentidos
De que un humano cuerpo está compuesto,
Tiene sus ministerios repartidos
Un alma, que es su forma y presupuesto;
Así da á los ejércitos unidos
Solo un caudillo el ser, y segun esto,
Aquel de Verja, de quien lo es Fajardo,
¿Cómo podrá dejar de ser gallardo?

Seis veces había el mundo el sol ceñido
Del indo Ganges á la hesperia arena,
Y seis el firmamento ha parecido
Sobre la noche oscura de horror llena,
Después que nuestro bando prevenido
Esperaba la furia sarracena,
Acrecentando mas con su tardanza
La fuerza del deseo y confianza.

Sétima vez el coro luminoso
Volaba con sus ruedas estrelladas,
Y ya Bohotes, aunque perezoso,
Tenia tres partes de su cerco andadas,
Cuando el tirano bravo y orgulloso
Se puso con sus gentes congregadas
A vista del lugar, que imaginaba
Tan descuidado cuanto deseaba.

El orden que traía de combate
Era que el pueblo en torno se ciniese,
Y que á Dali, Pocon y el Arrendate
Las mangas prolongar perteneciese,
Hasta que, juntas ambas al remate,
El círculo cabal se compusiese,
Y en él cuatro escuadrones en batalla
Que pareciesen torres y muralla.

La retaguardia, no como caudillo,
Mas como rey con su guion delante
Le plugo de guiar, sobre un morcillo
A dos especies algo semejante:
Sembrado á trechos de oro de martillo
Vestido trae de púrpura triunfante;
En su mano un baston por mas decoro,
De ébano liso con remates de oro.

La vanguardia, á Mojájar cometida,
Llevaba comision de entrar derecha
Hasta la casa del Marqués sabida,
Y comenzar allí la lid estrecha,
Para que la otra gente repartida
Se lance dentro, sin quedar deshecha
La retaguardia, que se guarda entera
Por cuerpo de batalla desde fuera.

Ya Mojájar á paso acelerado
Entra por el presidio que mas vela,
No deja el moro de ir maravillado
De no dar con alguna centinela;
Siente luego del cámbio inflamado
Olor y humo, y cuando se recela,
Al punto se descubre el desengaño
Con la experiencia de notable daño.

A un tiempo comenzó á jugar aprisa
Por todos lados la arcabuceria;
Hiere de cerca, y de matar no cesa
La morisma, que mal se defendía,
Como suele caer la piedra espesa
Que cerzo arroja de la nube fria,
Quitando la esperanza á labradores
De las mieses, los pámpanos y flores.